

AGENDA CIUDADANA

LA INTERNA ES SIEMPRE LA MEJOR POLITICA EXTERNA

Lorenzo Meyer

La Premisa Fundamental.- Para México, cuya relación externa fundamental es la que mantiene con su poderoso vecino del norte --un país que hoy es la principal potencia militar del orbe--, su mejor instrumento de defensa frente al exterior, por no decir el único, está en lo interno. Cualquier otro es accesorio. Frente a la avasalladora importancia del “factor americano” en la agenda externa mexicana, es imposible que nuestro país pueda salvaguardar con éxito su interés nacional echando mano de medios que, en teoría, suelen ser útiles al grueso de los estados en su navegar por el impredecible mar de lo internacional, tales como los militares, las presiones económicas, la propaganda y el resto del arsenal que históricamente ha sido empleado por otros países en el juego internacional de la política del poder.

Lo que le ocurre a México en el ámbito internacional no es algo excepcional, pero por su grado o intensidad no hay muchos casos similares. En otras partes del planeta hay países débiles compartiendo fronteras con otros más fuertes, pero en pocos casos, si es que en alguno, la asimetría es tan grande como la que existe entre México y Estados Unidos. Y no se trata únicamente de que el producto per cápita norteamericano, por usar un indicador muy socorrido, sea 6.7 veces el mexicano, sino que hay que agregar otros indicadores. Así, mientras que el 86% del comercio exterior de México --la suma de importaciones y exportaciones-- tiene como origen o como destino a Estados Unidos, para éste último ese intercambio sólo representa el 12% del que mantiene con el resto del mundo. Pero eso no es todo, pues en el contexto general de su economía, la suma de las exportaciones e importaciones globales de nuestro vecino del norte equivalen al 25% de su

PIB en tanto que para México la proporción es el doble. Así, los norteamericanos pueden permitirse ese lujo que nosotros perdimos hace tiempo: que su principal mercado sea el interno, lo que los hace menos vulnerable a cambios en el mercado externo.

Desde luego que ni caso tiene abordar las diferencias militares, donde lo substancial no es que los efectivos norteamericanos sean siete veces superiores a los de México, sino que hay una superioridad mucho mayor —abismal— en la brecha tecnológica entre una potencia atómica que puede desplazar a su fuerza armada a cualquier parte del planeta y un país como el nuestro, donde su ejército sólo puede moverse, y no sin dificultades, dentro de sus propias fronteras.

Nuestra Carta.— Desde la segunda mitad del siglo XIX quedó claro que a causa de la vecindad con Estados Unidos, la soberanía mexicana era restringida. Obviamente, los dirigentes de nuestro país no admitieron ni entonces ni ahora ese hecho, pero la realidad es contundente. Tras la guerra civil del siglo XIX, los intereses texanos consideraron que la falta de control al sur del Río Bravo estaba afectando la actividad ganadera, y no titubearon en violar repetidamente la frontera con México y, además, lograron que Washington autorizara al ejército para apoyarles en la persecución de ladrones de ganado en territorio mexicano. Las protestas mexicanas sirvieron de muy poco, y sólo cuando el presidente Porfirio Díaz logró imponer el orden central en Tamaulipas y Coahuila, los norteamericanos volvieron a respetar la frontera.

Después de la Guerra de Reforma y de la intervención francesa, la Revolución Mexicana ha sido el peor momento de desorden en México. Entre los múltiples efectos de esa ingobernabilidad en la relación con Estados Unidos, están dos invasiones parciales —las de 1914 y 1916— e infinidad de reclamaciones y presiones.

Con la relativa pacificación de los 1920 y el establecimiento de un nuevo régimen, la estabilidad política empezó a ganar espacios en México hasta quedar firmemente asentada durante el cardenismo gracias a un sistema basado en una presidencia sin contrapesos y un partido de Estado, y a que ambas instituciones quedaron montadas sobre un ejército leal y una estructura corporativa de campesinos y trabajadores, burócratas y clase media, que resultó un eficaz cimiento social para un régimen autoritario pero incluyente, y que hizo del nacionalismo una parte sustantiva de su ideología.

Durante la II Guerra Mundial y durante los decenios posteriores en que se desarrolló la Guerra Fría, los dirigentes norteamericanos difícilmente hubieran podido tener una situación política mejor en la frontera sur, que la creada por el régimen priísta. Como ningún otro latinoamericano o del Tercer Mundo, el sistema político posrevolucionario mexicano construyó y mantuvo lo más importante para el interés nacional de Estados Unidos: la gobernabilidad y el control efectivo sobre una franja fronteriza de 3,152 Km. y muy poblada. Desde luego que en ese período también hubo diferencias y problemas entre los gobiernos de los dos países, sin embargo, las autoridades de Washington tuvieron el cuidado de moderar sus presiones y pretensiones, pues estaban concientes que en buena medida la estabilidad autoritaria mexicana descansaba en una legitimidad nacionalista del régimen, nacionalismo más de discurso que de hecho, pero efectivo. Vulnerar la imagen de independencia que con gran esmero cultivaba el gobierno mexicano frente al del poderoso vecino del norte, hubiera significado afectar precisamente lo que más le interesaba preservar a Washington: el orden interno de México. De ahí que ni siquiera cuando las administraciones encabezadas por José López Portillo y Miguel de la Madrid se enfrentaron a los designios de Ronald Reagan en Centroamérica, la Casa Blanca aplicó toda la presión de que hubiera sido capaz si se hubiera propuesto forzar a su vecino a

apoyar la línea política de Washington en la guerra soterrada que mantenía contra el gobierno sandinista de Nicaragua y contra las insurgencias de Guatemala, El Salvador y, en menor medida, de Honduras. La victoria de Estados Unidos sobre la URSS, hizo menos importante la estabilidad y control del gobierno de México sobre la zona fronteriza, pero la nueva lucha contra el terrorismo a escala internacional le ha devuelto a la zona, a ojos norteamericanos, su importancia estratégica.

El Problema Actual.- Si se acepta la premisa anterior, entonces no es posible escapar a la conclusión de que el instrumento fundamental de México en el último siglo y cuarto para defender y sostener sus posiciones frente a Estados Unidos –la estabilidad y el control de sus procesos internos--, ya no está funcionando en condiciones óptimas y, por tanto, ha aumentado la preocupación en Washington y sus presiones para que el gobierno de México haga algo para retornar la disciplina social y el orden público a la frontera común. Y es que desde hace tiempo nuestra casa no está en orden, y algunos aspectos del desarreglo ha ido en aumento. Lo que es peor, ese desarreglo no es asunto que se pueda resolver rápido, y quizá se ponga peor antes de mejorar. De esta suerte, es dable esperar reclamos y presiones de parte del gobierno de Estados Unidos al de México en el futuro próximo, aunque el gobierno del presidente George Bush deberá tener en cuenta que la situación política mexicana es precaria y que el seguir por la ruta que su diplomacia ha corrido en estos días puede crear más problemas de los que pretende resolver.

El Reclamo.- Como ya se ha difundido con toda oportunidad y amplitud, la fase pública de la tensión actual entre los gobiernos de México y Washington, se inició el 26 de enero y la fecha misma no puede verse como producto del azar, ya que ese fue el primer día de trabajo de la nueva secretaria de Estado norteamericana, Condoleezza Rice. La institución encargada de la diplomacia norteamericana hizo entonces público un aviso de

alerta para todos aquellos de sus ciudadanos que tuvieran planes para viajar a los estados fronterizos de México, pues en ese caso “deberán de estar concientes del riesgo que entraña [para ellos] el deterioro de la seguridad [en México]”. Pero esa descalificación de la capacidad de gobernar del actual gobierno de México no fue todo, sino que vino acompañada de una comunicación firmada por el embajador norteamericano, Antonio O. Garza Jr., --y filtrada a la prensa-- en donde el diplomático externó su preocupación por la “incapacidad de las fuerzas del orden público locales” para hacer frente a las consecuencias de la guerra abierta que se ha desatado entre las bandas de narcotraficantes –el documento se abstuvo de señalar que dicha guerra es, además, un reto abierto del crimen organizado al gobierno—, así como la ola de secuestros y de violencia en general en esa zona y que ha afectado tanto a mexicanos como a ciertos ciudadanos norteamericanos, pues estos últimos, sin ser un “blanco específico”, ya han sido víctimas de asesinatos y secuestros. El embajador concluyó pidiendo al gobierno federal que actúe para mejorar la situación en la frontera y que “por favor” le haga saber si su gobierno puede hacer algo para “cooperar” en esa labor.

Desde luego que, pese a la enorme diferencia del contexto, no se puede evitar el recordar hoy la nota diplomática que el embajador norteamericano Henry Lane Wilson entregó al primer –y efímero— gobierno democrático mexicano –el presidido por Francisco I. Madero-- en septiembre de 1912. Ahí, y en un tono menos comedido, el embajador le hizo saber al secretario de Relaciones, Pedro Lascuráin, que México no estaba cumpliendo con su deber de proteger a los ciudadanos norteamericanos, víctimas de una violencia fuera de control. Poco después, Wilson apoyó activamente el golpe militar que puso fin al gobierno y a la vida de Madero.

Hoy, como hace 93 años, el gobierno de México ha dado una respuesta dura al de Estados Unidos a través del propio presidente y de sus secretarios de Relaciones y Gobernación, negando la exactitud del reclamo y afirmando su rechazo a que un gobierno extranjero califique la naturaleza de las políticas con las que las autoridades mexicanas confrontan los problemas internos. El problema del narcotráfico, dijeron los mexicanos, es binacional, pues el origen de la actividad ilegal en México se encuentra en la enorme demanda norteamericana de sustancias ilegales. Finalmente, el secretario de Gobernación se preguntó en voz alta en que prisión están los grandes capos que operan en Estados Unidos.

Conclusión.- Los argumentos mexicanos frente al cuestionamiento y la crítica de las autoridades norteamericanas pueden ser válidos en si mismos, pero al final de cuentas lo decisivo es el contexto: la innegable pérdida de control del gobierno mexicano en materia de seguridad y la naturaleza tan asimétrica de su relación con el norteamericano. Los medios de presión están en manos de Washington y México, a querer que no, está a la defensiva.

No es posible negar que la violencia de las mafias del narcotráfico está desatada, que la corrupción y la ineficacia son características notables de nuestras estructuras policíacas y de procuración de justicia. Hoy, y desde hace mucho tiempo, corrupción e ineficiencia gubernamentales son dos grandes talones de Aquiles de la vida pública mexicana, dos puntos de vulnerabilidad, que restan legitimidad a nuestra posición internacional y vigor a nuestros argumentos frente a la comunidad internacional.

Para defender eficazmente nuestra soberanía y ampliarla, no hay más que un camino: atacar las muchas debilidades internas. Manejar bien la economía, fortalecer los recursos del sector público, recrear el mercado interno, crear empleo en cantidad suficiente para disminuir la migración indocumentada a Estados Unidos, declarar una guerra efectiva

no sólo al narcotráfico sino al crimen en general y a la corrupción pública, llevar a cabo la tarea largamente pospuesta de dar forma a una auténtica policía nacional, fortalecer la unidad disminuyendo una de las causas del antagonismo social: la enorme desigualdad entre clases y regiones. En fin, que entre mejor manejemos nuestras relaciones internas, mejor, mucho mejor, podremos manejar las relaciones externas.